

Solemnidad de la Impresión de las Llagas de San Francisco de Asís

Homilía para la Vigilia del 16 de septiembre de 2024

Hace 800 años, en un día como hoy y en medio de está foresta que Francisco de Asís experimentó el momento más profundo en su camino de seguimiento de Jesús de Nazareth, Hermano y Señor.

Un camino que había iniciado ya hace tiempo, desde las heridas de los leprosos que vivían en la planicie de Asís. El joven mercante de Asís había descubierto en ellos a sus compañeros de humanidad, aprendiendo a servirlos y, por lo tanto, a amarlos. Un amor que no extinguirá jamás. Gracias a su mirada afligida y desgarrada, impotente e inútil a los ojos del mundo como sus miembros carcomidos por el mal oscuro, Francisco había contemplado por fin el rostro de Cristo de una manera nueva. El icono del Crucifijo de San Damián se lo revelará y ya no podrá borrarse en la memoria del corazón.

San Buenaventura, cuyo 750 aniversario de su muerte conmemoramos, en la *Legenda Maior* ofrece a nuestra atención siete episodios de la vida de Francisco releídos como otros tantos encuentros con la cruz, clave para adentrarnos en lo que podríamos llamar la «filosofía de la santidad»: desde el sueño de Espoleta (I.3), pasando por la visión de Jesús en la cruz (I.5), hasta San Damián (II.1); desde la visión de Silvestre que ve salir una cruz dorada de la boca de Francisco (III.5), a la visión de Fray Pacífico que ve a Francisco marcado por dos espadas dispuestas en forma de cruz (IV.9), al capítulo de Arlés, donde con las manos extendidas en forma de cruz, Francisco se aparece en visión a Fray Monaldo y bendice a los frailes (IV.10), al clímax, cuando Francisco, en el Alverna, recibe la visita del serafín, que imprime los sagrados estigmas en su cuerpo (LM XIII.3).

Si en los tres primeros pasajes la cruz permanece frente a Francisco, externa -como en el *Itinerarium* se puede empezar a conocer a Dios a través de las criaturas-, en los otros cuatro la cruz se vuelve interna a él, hasta el punto de superponerse totalmente.

Buenaventura considera el evento de la estigmatización como el cumplimiento de la plena participación de Francisco en el misterio del Señor Jesús Cristo, Pobre/Humilde, Desnudo y Crucificado, esto se convierte en un todo único con él. Una vía de acceso a este camino era la meditación continua de las Escrituras en la oración contemplativa: a partir de aquí entraba en un conocimiento experiencial de Cristo.

En la *Legenda Maior* escribe: «Efectivamente, su ingenio, limpio de toda mancha, penetraba los más ocultos misterios, y allí donde no alcanza la ciencia de los maestros, se adentraba el afecto del amante» (LM XI, 1).

«El afecto del amante» es la clave de interpretación privilegiada por Buenaventura que describe la experiencia espiritual de Francisco y explica el acontecimiento de los estigmas, a la luz de la reciprocidad de la relación de amor, donde la primacía -en virtud del exceso de caridad- corresponde a Cristo.

Por consiguiente, sólo podemos entrar en el misterio de los estigmas por el camino del amor.

No cualquier amor, sino un amor que arde. La imagen del fuego y sus efectos le resultan muy elocuentes. Así, cuando Francisco llega al Alverna, su ardor seráfico lo había convertido ahora como arcilla o cera completamente maleable en las manos de su Señor. «En él el incendio incontenible de amor hacia el buen Jesús hasta convertirse en una gran llamarada de fuego, que *las aguas torrenciales no serían capaces de extinguir su caridad* tan apasionada. Elevándose, pues, a Dios a impulsos del ardor seráfico de sus deseos y transformado por su tierna compasión en Aquel que, a causa de su extremada caridad, quiso ser crucificado» (LM XIII, 2-3).

En el Prólogo del *Itinerarium mentis in Deum*, escrito en el Alverna, Buenaventura se detiene a contemplar la visión del Serafín que tuvo Francisco y asigna a las seis alas del Serafín el significado de las seis elevaciones de la luz que permiten al alma alcanzar esa paz que se dibuja «en el abandono extático propio de la sabiduría cristiana. Y el camino hacia ella es el ardiente amor al Crucificado que transformó a Pablo en Cristo [...]. Este amor por el Crucificado caló hasta tal punto en el alma de Francisco que se manifestó en su carne, cuando, durante dos años antes de su muerte, llevó impresos en su cuerpo las santísimas llagas de la Pasión» (*Itinerarium mentis in Deum*, Prologo, 3).

Cristo crucificado es el camino hacia el conocimiento amoroso y experimental de Dios. En sus heridas, las de los hombres se convierten en ventanas abiertas para acoger el misterio de la vida. Siempre es una mezcla de amor y dolor, que hay que vivir plenamente.

Los estigmas nos hablan, pues, de la vida más profunda de Francisco, que es la participación total en la de Cristo. Nos recuerdan que él es la clave para entender al Pobre, que no podemos intentar comprenderlo desde fuera, sino desde dentro de su vida.

Los estigmas nos hablan de un conocimiento de Cristo que es un fuego que arde. Esto ilumina y enciende una vida cristiana a menudo tibia y repetitiva, en la que parece imposible

entregarse por entero al Señor. Cuánto nos conformamos, cuánto miedo tenemos de entregarnos a Jesucristo, que “no nos quita nada y nos lo da todo”, tal cual lo dijo inspirado Benedicto XVI.

Tenemos miedo de Dios. Parece que lo perdemos todo sobre nosotros mismos. No sabemos en quien caeremos si nos entregamos. Las llagas nos muestran la meta de quien aprende a confiar en el Señor.

“En el amor no hay lugar para el temor: al contrario, el amor perfecto elimina el temor” (cf. 1Jn 4,18). Gracias a los estigmas, Francisco puede abrirse a un nuevo rostro de Dios. Desde el rostro desfigurado de los leprosos al de los pecadores, entre ellos sus propios hermanos; desde el rostro de los bandidos al de la Iglesia, embadurnada por las infidelidades de sus miembros; desde el rostro del Juez al del Señor que mira a sus discípulos mientras les lava los pies; desde el rostro del otro, el infiel, al del sultán en el asombro de un encuentro; desde el rostro de la anciana que le amenazaba si seguía el camino de la santidad, al de Clara que le muestra la luz.

Cuántos rostros en el camino de Francisco prepararon la apertura al nuevo rostro de Dios, que el Serafín le dejó entrever en la mezcla de dolor y alegría, de la que sólo el ardor del amor da razón. Francisco no sabe qué pensar ante esta nueva realidad. Hará falta la experiencia de un amor que le hiere y le marca para siempre para que cante a Aquel que es Humildad y Caridad.

¿Qué rostro de Dios transmite hoy la insoportable carga del dolor, la injusticia, la violencia y la opresión que conlleva la guerra, a menudo combatida con referencias religiosas? Lo mismo puede decirse de las múltiples formas de violencia que asolan nuestro tiempo y apagan la esperanza. Creo que aquí reside la mayor prueba para nuestra fe hoy en día. No la evitemos. Entremos.

Sentimos en nuestra piel la fatiga de creer en un Dios providencial mientras el mundo parece hundirse en el sinsentido de la violencia ciega.

Dejemos que nuestra carne sea tocada, herida, que sangre por el dolor de tantos y dejemos que la carne de Cristo de las heridas de esta humanidad alcance, toque y transforme nuestro polvo destinado a la muerte y lo haga brillar en la vida de la mañana de Pascua, donde las heridas de Cristo se convierten en fuente de luz. Para siempre.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM

Ministro general